

CAPÍTULO I

PANORÁMICA ACTUAL DEL MAGISTERIO SOCIAL DE LA IGLESIA: LAS ENCÍCLICAS, LOS PROBLEMAS HUMANOS Y LOS PROBLEMAS DE LA FE EN LA TRADICIÓN.

Las encíclicas constituyen el Magisterio social de la iglesia católica. Aunque fuera de la Iglesia Católica, otras Iglesias y comunidades cristianas y también otras religiones— han desarrollado una amplia preocupación y una valiosa reflexión sobre estos temas que nos afectan a todos, las encíclicas tocan el asunto no solamente desde el punto de vista superficial sino en todas sus dimensiones.

Las cartas encíclicas son documentos solemnes dirigidos por una alta autoridad eclesiástica a una colectividad circular. (A partir de Benito XIV, en 1740 el término se reserva a las cartas dirigidas por el Papa a todo el orbe católico o a los obispos de una región. Las encíclicas por su solemnidad misma y por el hecho de que llegan a toda la iglesia o a una iglesia nacional, crean autoridad en el mundo cristiano. Su valor dogmático, moral o disciplinario es el mismo que el papa indica en el documento en cuestión.

Como las Bulas, las encíclicas se designan por el primer vocablo del texto latino y por la fecha en que han sido publicadas. Entre las más importantes de los siglos XIX y XX, cabe destacar *Diu satis* (1800), en la cual Pío VII invita a los obispos católicos a mantener la unidad de la iglesia, amenazada por las revueltas políticas. *Mirari vos* (1832), en la que Gregorio XVI combate el indiferentismo, *Quanta cura*, (1864), en la cual Pío IX condena las teorías fundadas en el naturalismo, esta encíclica estaba

acompañada de un Syllabus, *Aeterni patris* (1879), en la que León XIII preconiza la enseñanza de la filosofía de Santo Tomás.

La *Rerum Novarum*, (1891), sobre la condición de los obreros. *Pascendi dominici gregis* (1907), en la que san Pio X condena a los modernistas, *Ad Beatissimi* (1914), de Benedicto XV, sobre la Paz y la caridad cristiana. *Spiritus Paraclitus*, (1920), sobre las Sagradas Escrituras. Pio XI promulgó *Quas primas* (1925), sobre Cristo Rey. *Mortalium animus* (1928), contra las tendencias pancristianas. *Divini illius* (1929), sobre la educación cristiana; *Casti connubii* (1930), sobre el matrimonio cristiano; *Cuadragésimo anno* (1931), sobre las cuestiones sociales; *Non abbimo bisogno* (1931), contra los excesos del fascismo; *Divini Redemptoris* (1937), sobre el nazismo. Pio XII publicó *Divini afflante* (1943), que señala una apertura en materia de estudios bíblicos.

Mystici Corporis (1943), sobre el cuerpo místico; *Mediator Dei* (1947) sobre la renovación de la liturgia; *Optatissima pax* (1947), sobre la paz social, *Humani generis* (1950), sobre la nueva teología. *Orientalis Ecclesias* (1952), sobre la persecución detrás del telón de acero; *Fulgens corona* (1953), sobre el año mariano; *Miranda Prorsus* (1957) sobre el cine, la radio y la televisión; *Ad Apostolorum principis* (1958), sobre la desdicha de la iglesia de China. Juan XXIII, promulgó: *Ad Petri cathedram* (1959), sobre la unidad de la iglesia; *PrincepsPastorum* (1959), sobre las misiones católicas;

Mater et Magistra (1961), sobre las nuevas perspectivas de la cuestión social; *Pacen in terris* (1963), sobre los verdaderos fundamentos de la paz en el mundo. Paulo VI publicó: *Ecclesiam suam* (1964), sobre el misterio de la iglesia; *Popularum progressio* (1967), sobre el desarrollo de la comunidad humana; *Sacerdotalis Caelibatus* (1967), sobre el celibato de los sacerdotes y *Humanae Vitae* (1968), sobre el matrimonio y la natalidad.

Las encíclicas abren perspectivas para un diálogo con todos, aspiran buscar entre todos, caminos de liberación, explican cómo las convicciones de la fe

ofrecen a los cristianos, y en parte también a otros creyentes, grandes motivaciones para el cuidado de la naturaleza y de los hermanos y hermanas más frágiles. Por el solo hecho de ser humanos entre otras cosas, mueve a las personas a cuidar el ambiente del cual forman parte, y a cumplir con sus deberes con la naturaleza y con el Creador, para cumplir con su fe.

Por eso, es un bien para la humanidad y para el mundo que los creyentes reconozcamos mejor los compromisos ecológicos que brotan de nuestras convicciones, para poder cumplir a cabalidad con ellas.

Pero veamos el problema en varias direcciones: para comprender las encíclicas como magisterio social de la iglesia, como un asunto integral tenemos necesariamente que recurrir a explicarnos el origen de esa inclinación de las encíclicas hacia lo social.

Hay una serie de encíclicas que insisten en enseñar y proclamar una doctrina de la sociedad y de la convivencia humana que posee indudablemente una perenne eficacia. El principio esencial de esta doctrina social de la iglesia católica afirma que el hombre es necesariamente fundamento, causa y fin de todas las instituciones sociales; el hombre, en cuanto es sociable por naturaleza y ha sido elevado a un orden sobrenatural. Este principio, afirma y defiende la sagrada dignidad de la persona, y la santa Iglesia, con la colaboración de sacerdotes y seculares competentes.

Hagamos pues referencia a algunas de las que más han insistido en el tema social, dignas de ser conocidas, estudiadas, y llevadas a la práctica en la medida que las circunstancias de tiempo y de lugar permitan o reclamen.

En la carta encíclica *Mater Et Magistra*,(1961), su Santidad Juan XXIII expone el desarrollo de la cuestión social a la luz de la doctrina cristiana a los hermanos patriarcas, primados, arzobispos, obispos y demás ordinarios de lugar

en paz y comunión con esta sede apostólica, a todos los sacerdotes y fieles del orbe católico

Allí expone que el testimonio más insigne de la doctrina y acción social, desarrolladas por la Iglesia a lo largo de los siglos, ha sido y es, la luminosa encíclica *Mater Et Magistra*, (1961), que fue promulgada por su Santidad Juan XXIII que fue promulgada hace setenta años antes de él, por León XIII para definir los principios requeridos para resolver el problema de la situación de los trabajadores en armonía con las normas de la doctrina cristiana”. (Acta Leonis XIII, XI, 1891, pp. 97-144).

Explica que con ella el Pontífice ha obtenido resonancia universal por el peso y alcance de su argumentación y por la fuerza expresiva de sus afirmaciones, de tal manera que las normas y llamamientos de León XIII adquirieron tanta importancia que de ningún modo podrán olvidarse, porque desde su publicación la admirable encíclica *Rerum Novarum*, se mantiene vigorosa en nuestros días.

De tal manera que los Sumos Pontífices que han sucedido a León XIII, no han dejado de abordar las materias económicas y sociales, porque “toman siempre algo de la encíclica leoniana para aclarar su verdadero significado o para añadir nuevo estímulo a la voluntad de los católicos”, es así como esta encíclica mantiene su influencia en la organización pública de no pocas naciones, manteniéndose hasta nuestros días su primitiva autoridad.

Trata la situación económica y social como asunto esencial y se impuso en una situación en el mundo donde la concepción de lo económico era que;

“lo atribuía absolutamente todo a las fuerzas necesarias de la naturaleza y negaba, por tanto, la relación entre las leyes morales y las leyes económicas. Motivo único de la actividad económica, se afirmaba, es el exclusivo provecho individual”. (cf. *Mater et Magistra*, 11.)

En esa época se consideraba que;

“...La única ley suprema reguladora de las relaciones económicas entre los hombres es la libre e ilimitada competencia. Intereses del capital, precios de las mercancías y de los servicios, beneficios y salarios han de determinarse necesariamente, de modo casi mecánico, por virtud exclusiva de las leyes del mercado. El poder público debe abstenerse sobre todo de cualquier intervención en el campo económico. El tratamiento jurídico de las asociaciones obreras variaba según las naciones: en unas estaban prohibidas, en otras se toleraban o se las reconocía simplemente como entidades de derecho privado. En el mundo económico de aquel entonces se consideraba legítimo el imperio del más fuerte y dominaba completamente en el terreno de las relaciones comerciales. De este modo, el orden económico quedó radicalmente perturbado...”(cf. Mater et Magistra, *Ibidem*.)

Es que las riquezas se acumulaban con exceso en manos de unos pocos, y las masas trabajadoras quedaban sometidas a una miseria intensa, con salarios insuficientes, hambre; obligándose a trabajar en condiciones que amenazaban su salud, su integridad moral y su fe religiosa. Situaciones inhumanas para niños y mujeres, donde la familia vivía sujeta a un proceso paulatino de desintegración.

Dada la situación de injusticia y ante los trabajadores, indignados de su suerte, que “proponían remedios peores que los males que había que remediar, entonces aparece la *Rerum Novarum*, suma de la doctrina social católica.” Publicada por León XIII, con un mensaje social fundado en las exigencias de la propia naturaleza humana e inspirado en los principios y en el espíritu del Evangelio, y fue un mensaje que, suscitó, algunas discrepancias, pero universal admiración y en general aplausos.

La Encíclica *Rerum Novarum*, formuló, por primera vez, una construcción sistemática de los principios y una perspectiva de aplicaciones para el futuro. Por eso hay que considerarla como verdadera suma de la doctrina católica en el

campo económico y social. Se ha de reconocer que la publicación de esta encíclica demostró mucha audacia. Porque mientras algunos no tenían reparos en acusar a la Iglesia católica, en cuanto a lo social como limitada a predicar a los pobres la resignación y a los ricos la generosidad, León XIII no vaciló en proclamar y defender abiertamente los sagrados derechos de los trabajadores. Al iniciar la exposición de los principios de la doctrina católica en materia social, declaró paladinamente: «Confiados y con pleno derecho nuestro iniciamos el tratamiento de esta cuestión, ya que se trata de un problema cuya solución viable será absolutamente nula si no se busca bajo los auspicios de la religión y de la Iglesia» (a partir de allí la iglesia católica, no puede hacerse la desentendida de los problemas de los hombres y mujeres del mundo, cuyas solución debe orientarse hacia el bien común. El bien común será a partir de la Rerum Novarum, una razón primera, siempre sustentada en los principios de la fe y la espiritualidad del hombre.

Posteriormente aparece la encíclica Quadragésimo anno de Pío XI, al cumplirse los cuarenta años de la publicación de aquel insigne código, para conmemorar con solemnidad su aparición. En este documento, el Sumo Pontífice confirma, el derecho y el deber de la Iglesia católica de contribuir a la adecuada solución de los más gravísimos problemas sociales que angustian a la humanidad; corrobora después los principios y criterios prácticos de la encíclica de León XIII, inculcando normas ajustadas a los nuevos tiempos; y aprovecha la ocasión para aclarar ciertos puntos doctrinales sobre los que dudaban incluso algunos católicos y para enseñar cómo había de aplicarse la doctrina católica en el campo social, en consonancia con los cambios de la época.

Otro documento esencial es el radiomensaje "La Solennità" de Pío XI, que se propone definir los derechos y obligaciones de la vida social. El 1 de junio de 1941, en la fiesta de Pentecostés, dirigió ese radiomensaje al mundo «para llamar la atención del mundo católico sobre un acontecimiento digno de ser esculpido con caracteres de oro en los fastos de la Iglesia; el quincuagésimo aniversario de la

publicación de la trascendental encíclica "Rerum novarum", de León XIII» (cf. Acta Apostolicae Sedis 33 (1941) p. 196); En este radiomensaje, el Pontífice reivindica «para la Iglesia la indiscutible competencia de juzgar si las bases de un orden social existente están de acuerdo con el orden inmutable que Dios, Creador y Redentor, ha promulgado por medio del derecho natural y de la revelación» ((Ibíd., p. 196); confirma la vitalidad perenne y fecundidad inagotable de las enseñanzas de la Encíclica de León XIII, y aprovecha la ocasión para explicar más profundamente las enseñanzas de la Iglesia católica especialmente en lo relativo a tres aspectos esenciales de la vida social y de la realidad económica, como son el uso de los bienes materiales, el trabajo y la familia, considerando que son aspectos mutuamente entrelazados y unidos, y que se sostienen unos a otros.

Actualmente, la carta encíclica *Lumen Fidei* (2013) del sumo pontífice Francisco a los obispos, a los presbíteros y a los diáconos, a las personas consagradas y a todos los fieles laicos sobre la fe, demuestra cómo la fe enriquece la existencia humana en todas sus dimensiones.

Igualmente en la Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* del santo Padre Francisco a los obispos a los presbíteros y diáconos a las personas consagradas y a los fieles laicos se refiere al anuncio del evangelio en el mundo actual: La alegría del Evangelio, Alegría que se renueva y se comunica, La dulce y confortadora alegría de evangelizar y La transformación misionera de la Iglesia.

Esta exhortación se desarrolla de acuerdo al postulado: "Si no creéis, no comprenderéis" De este modo, la cuestión del conocimiento de la verdad se coloca en el centro de la fe.

Considerando que el hombre moderno tiene con frecuencia la tentación de ponerse por encima de todas las realidades y desconocer un orden superior, para legitimar su posición a nivel espiritual S.S. el papa Francisco hace referencia al evento de Caín y Abel, a Francisco de Asís, al Catecismo, a la tradición judío-cristiana, a Los Obispos de Brasil, al Nuevo Testamento, a san Buenaventura a

la Cumbre de la Tierra, celebrada en 1992 en Río de Janeiro, a santa Teresa de Lisieux, a los Signos sacramentales, a San Juan de la Cruz, a Los Sacramentos, a la Eucaristía, a las Personas divinas, y a Jesús y especialmente, a Reina de todo lo creado: María.

La explicación expuesta sobre la fe se hace con la intención de explicar que la Iglesia Católica está abierta al diálogo con el pensamiento filosófico, lo que le permite producir diversas síntesis entre la fe y la razón, respondiendo siempre al bien común. Todo lo respectivo a las cuestiones sociales, se puede constatar en el desarrollo de la doctrina social de la Iglesia, que está llamada a enriquecerse cada vez más a partir de los nuevos desafíos.

Actualmente las encíclicas responden a las exigencias del mundo y ofrecen aportes de tal manera que los Papas para llegar a mejor entendimiento recogen la reflexión de innumerables científicos, filósofos, teólogos y organizaciones sociales para enriquecer el pensamiento de la Iglesia sobre cuestiones esenciales a la existencia en todas dimensiones. Y actualmente con la amenaza que se cierne sobre un bien que es universal la iglesia se detiene sobre el tema ambiental.

En cualquier planteamiento sobre una ecología integral, es indispensable incorporar el valor del trabajo, tan sabiamente desarrollado por san Juan Pablo II en su encíclica *Laborem exercens*. Nos insiste en que recordemos que, según el relato bíblico de la creación, Dios colocó al ser humano en el jardín recién creado (cf. Gén 2,15), no sólo para preservar lo existente (cuidar), sino para trabajar sobre ello de manera que produzca frutos (labrar).

Por ejemplo, los obreros y artesanos aseguran la creación eterna: En realidad, la intervención humana que procura el prudente desarrollo de lo creado es la forma más adecuada de cuidarlo, porque implica situarse como instrumento de Dios para ayudar a brotar las potencialidades que él mismo colocó en las

cosas: “Dios puso en la tierra medicinas”-, y el hombre que agradece a Dios, no las desprecia.

S.S. Papa Francisco cita a Benedicto XVI, quien propone eliminar las causas estructurales de las disfunciones de la economía mundial y corregir los modelos de crecimiento que parecen incapaces de garantizar el respeto del medio ambiente, quien recordó además, que el mundo no puede ser analizado sólo, aislando uno de sus aspectos, porque «el libro de la naturaleza es uno e indivisible», e incluye el ambiente, la vida, la sexualidad, la familia, las relaciones sociales.

Al respecto considera Benedicto XVI en el mismo texto que la degradación de la naturaleza está estrechamente unida a la cultura que modela la convivencia humana, allí el Papa Benedicto propuso reconocer que el ambiente natural está lleno de heridas producidas por nuestro comportamiento irresponsable. Y es que efectivamente el descuido por el ambiente es considerado por la iglesia como un gran pecado, así lo consideró el Patriarca Bartolomé. (cf. *Laudato si'*, 16.).

Atención especial nos debe merecer «*Laudato si'*, mi' Signore» – «Alabado seas, mi Señor», es la denominación que le da S.S. Papa Francisco (2015), a una encíclica que trata un asunto de orden mundial, asunto del que ningún ser sobre la tierra podrá escapar: se trata de la contaminación ambiental. Los problemas ambientales tocan desde la dignidad de la persona, hasta la política y las relaciones internacionales. El ambiente es denominado como una casa común, como una hermana a la cual es necesario cuidar y más aún como una madre a la cual se debe consentir.

Esta encíclica pone de relieve la irresponsabilidad que el hombre ha demostrado tradicionalmente contra la tierra que habitamos, donde se ha mostrado como dominador y propietario tratándola como una cosa cualquiera y por eso “...la tierra gime y sufre dolores de parto...”.

Entonces dice:

“...Esta hermana clama por el daño que le provocamos a causa del uso irresponsable y del abuso de los bienes que Dios ha puesto en ella. Hemos crecido pensando que éramos sus propietarios y dominadores, autorizados a explotarla. La violencia que hay en el corazón humano, herido por el pecado, también se manifiesta en los síntomas de enfermedad que advertimos en el suelo, en el agua, en el aire y en los seres viviente..”(cf. *Laudato si'*, mi' Signore, 2)

Recuerda que cincuenta años antes de esta encíclica ya S.S el Papa Juan XXIII creó la encíclica *Pacem in terris* (1963), en la cual no se conformaba con rechazar la guerra, sino que quiso transmitir una propuesta de paz, se dirigió en ese mensaje *Pacem in terris* a todo el «mundo católico », y agregaba «y a todos los hombres de buena voluntad ».

Corría el año 1971, cuando el beato Papa Pablo VI, Ocho años después de *Pacem in terris*, se refirió a la problemática ecológica, considerándola como como una crisis, que es «una consecuencia dramática », de la actividad descontrolada del ser humano por la explotación inconsiderada de la naturaleza, el ser humano, corre el riesgo de destruirla y además ser a su vez víctima de esta degradación.

En esa ocasión también habló a la FAO sobre la posibilidad de una «catástrofe ecológica bajo el efecto de la explosión de la civilización industrial», subrayando la «urgencia y la necesidad de un cambio radical en el comportamiento de la humanidad», porque «los progresos científicos más extraordinarios, las proezas técnicas más sorprendentes, el crecimiento económico más prodigioso, si no van acompañados por un auténtico progreso social y moral, se vuelven en definitiva contra el hombre».(cf. *Laudato si'*,3)

Esto nos demuestra cómo las encíclicas están unidas por una gran preocupación. San Juan Pablo II, más adelante llama a una conversación ecológica global y pide al hombre salvaguardar el don que ha obtenido como regalo de Dios y exige que las transformaciones que se vayan a hacer sobre ella deban sustentarse en la fe.

S.S papa Francisco (2015), en la encíclica *Laudato si'*, no se queda en la explicación científica, sino que recurre a la sabiduría de los relatos bíblicos, sobre lo que nos dicen acerca de la relación del ser humano con el mundo. Sin embargo, para comprender las encíclicas como magisterio social de la iglesia, como un asunto integral tenemos necesariamente que recurrir a explicarnos el origen de esa inclinación de las encíclicas hacia lo social.

Veamos una breve síntesis en el sentido original de la creación que nos permita comprender el sentido originario de la constitución de las encíclicas. Para comprender esta relación tan intrincada es necesario remitirse a la primera narración de la obra creadora en el libro del Génesis, donde el plan de Dios incluye la creación de la humanidad.

Este resumen se extrae de la encíclica «*Laudato si', mi' Signore*» – «Alabado seas, mi Señor», de S.S. Papa Francisco, quien trae una detallada referencia de eventos bíblicos, que nos permiten analizar el proceso de la creación del ser humano. Las notas aquí expuestas son levemente parafraseadas, porque dado su contenido originario, es imposible su interpretación de otra manera, son así:

Empieza diciendo «Dios vio todo lo que había hecho y era muy bueno» (Gn 1,31). La Biblia enseña que cada ser humano es creado por amor, hecho a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,26). Esta afirmación nos muestra la inmensa dignidad de cada persona humana, que «no es solamente algo, sino alguien. Es capaz de conocerse, de poseerse y de darse libremente y entrar en comunión con otras personas», porque siendo imagen de Dios tiene en su germen lo bueno.

Los relatos de la creación en el libro del Génesis contienen, en su lenguaje simbólico y narrativo, profundas enseñanzas sobre la existencia humana y su realidad histórica. Estas narraciones sugieren que la existencia humana se basa en tres relaciones fundamentales estrechamente conectadas: la relación con Dios, con el prójimo y con la tierra. Según la Biblia, las tres relaciones vitales se han

roto, no sólo externamente, sino también dentro de nosotros. Esta ruptura es el pecado.

La armonía entre el Creador, la humanidad y todo lo creado fue destruida por haber pretendido ocupar el lugar de Dios, negándonos a reconocernos como criaturas limitadas. Este hecho desnaturalizó también el mandato de «dominar» la tierra (cf. Gén. 1,28) y de «labrarla y cuidarla» (cf. Gén 2,15). Como resultado, la relación originariamente armoniosa entre el ser humano y la naturaleza se transformó en un conflicto (cf. Gén 3,17-19).

Por eso es significativo que la armonía que vivía san Francisco de Asís con todas las criaturas haya sido interpretada como una sanación de aquella ruptura. Decía san Buenaventura que, por la reconciliación universal con todas las criaturas, de algún modo Francisco retornaba al estado de inocencia primitiva.

Sin embargo, lejos de ese modelo, hoy el pecado se manifiesta con toda su fuerza de destrucción en las guerras, las diversas formas de violencia y maltrato, el abandono de los más frágiles, y los ataques desmedidos a la naturaleza, con lo cual el hombre está demostrando una desmesura, una falta de medida, un atentado al bien común.

Por eso es importante leer los textos bíblicos en su contexto, con una hermenéutica adecuada, y recordar que nos invitan a «labrar y cuidar» el jardín del mundo (cf. Gén 2,15). Esto implica una relación de reciprocidad responsable entre el ser humano y la naturaleza. Cada comunidad puede tomar de la bondad de la tierra lo que necesita para su supervivencia, pero también tiene el deber de protegerla y de garantizar la continuidad de su fertilidad para las generaciones futuras. Porque, en definitiva, «la tierra es del Señor » (Sal 24,1), a él pertenece « la tierra y cuanto hay en ella » (Dt 10,14; Lv 25,23).

Nos recuerda que estamos llamados a reconocer que los demás seres vivos tienen un valor propio ante Dios y, «por su simple existencia, lo bendicen y le dan

gloria» porque el Señor se regocija en sus obras. (cf. Sal 104,31). Ir contra cualquier ser viviente es atentar contra Dios y por lo tanto contra la misma persona.

Por su dignidad única y por estar dotado de inteligencia, el ser humano está llamado a respetar lo creado con sus leyes internas, ya que «por la sabiduría el Señor fundó la tierra» (Prov. 3,19). Hoy la Iglesia reconoce simplemente que todas las criaturas tienen un valor en sí mismas y nosotros no podemos disponer de ellas a voluntad.

El Catecismo cuestiona de manera muy directa e insistente lo que sería un antropocentrismo desviado: «Toda criatura posee su bondad y su perfección propias [...] Las distintas criaturas, queridas en su ser propio, reflejan, cada una a su manera, un rayo de la sabiduría y de la bondad infinitas de Dios. Por esto, el hombre debe respetar la bondad propia de cada criatura para evitar un uso desordenado de las cosas».

Para ilustrar el asunto hace referencia al evento de Caín y Abel. En la narración sobre Caín y Abel, podemos apreciar cómo los celos condujeron a Caín a cometer la injusticia extrema con su hermano. Esto a su vez provocó una ruptura de la relación entre Caín y Dios y entre Caín y la tierra, de la cual fue exiliado. Este pasaje se resume en la dramática conversación de Dios con Caín. Dios pregunta: « ¿Dónde está Abel, tu hermano?». Caín responde que no lo sabe y Dios le insiste: « ¿Qué hiciste? ¡La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde el suelo! Ahora serás maldito y te alejarás de esta tierra» (Gen 4,9-11).

Esto lo hace con la finalidad de explicar cómo el descuido en el empeño de cultivar y mantener una relación adecuada con el vecino, hacia el cual tenemos el deber del cuidado y de la custodia, destruye nuestra relación interior conmigo mismo, con los demás, con Dios y con la tierra. Cuando todas estas relaciones son descuidadas, cuando la justicia ya no habita en la tierra, la Biblia nos dice que toda la vida está en peligro.

Esto también es lo que nos enseña la narración sobre Noé, cuando Dios amenaza con exterminar la humanidad por su constante incapacidad de vivir a la altura de las exigencias de la justicia y de la paz: « He decidido acabar con todos los seres humanos, porque la tierra, a causa de ellos, está llena de violencia » (Gén 6,13).

Entonces expresa S.S. el papa Francisco que es evidente que en estos relatos tan antiguos, cargados de profundo simbolismo, ya estaba contenida una convicción actual: que todo está relacionado, y que el auténtico cuidado de nuestra propia vida y de nuestras relaciones con la naturaleza es inseparable de la fraternidad, la justicia y la fidelidad a los demás.

Lo importante de la fe es expuesta en este pasaje donde explica que aunque «la maldad se extendía sobre la faz de la tierra» (Gén 6,5) y a Dios «le pesó haber creado al hombre en la tierra» (Gén 6,6), sin embargo, a través de Noé, que todavía se conservaba íntegro y justo, decidió abrir un camino de salvación. Así dio a la humanidad la posibilidad de un nuevo comienzo. *¡Basta un hombre bueno para que haya esperanza!*

La tradición bíblica establece claramente que esta rehabilitación implica el redescubrimiento y el respeto de los ritmos inscritos en la naturaleza por la mano del Creador.

Esto se muestra, también por ejemplo, en la ley del Shabbath. El séptimo día, Dios descansó de todas sus obras. Dios ordenó a Israel que cada séptimo día debía celebrarse como un día de descanso, un Shabbath (cf. Gén 2,2-3; Ex 16,23; 20,10). Por otra parte, también se instauró un año sabático para Israel y su tierra, cada siete años (cf. Lv 25,1-4), durante el cual se daba un completo descanso a la tierra, no se sembraba y sólo se cosechaba lo indispensable para subsistir y brindar hospitalidad (cf. Lv 25,4-6). Finalmente, pasadas siete semanas de años, es decir, cuarenta y nueve años, se celebraba el Jubileo, año de perdón universal y «de liberación para todos los habitantes» (Lv 25,10).

El desarrollo de esta legislación trató de asegurar el equilibrio y la equidad en las relaciones del ser humano con los demás y con la tierra donde vivía y trabajaba. Pero al mismo tiempo era un reconocimiento de que el regalo de la tierra con sus frutos pertenece a todo el pueblo. Aquellos que cultivaban y custodiaban el territorio tenían que compartir sus frutos, especialmente con los pobres, las viudas, los huérfanos y los extranjeros: «Cuando coseches la tierra, no llegues hasta la última orilla de tu campo, ni trates de aprovechar los restos de tu mies. No rebusques en la viña ni recojas los frutos caídos del huerto. Los dejarás para el pobre y el forastero» (Lv 19,9-10).

También hace una explicación de los salmos, donde dice que los Salmos invitan al ser humano a alabar a Dios creador: «Al que asentó la tierra sobre las aguas, porque es eterno su amor» (Sal 136,6). Pero también invitan a las demás criaturas a alabarlo: « ¡Alabadlo, sol y luna, alabadlo, estrellas lucientes, alabadlo, cielos de los cielos, aguas que estáis sobre los cielos! Alaben ellos el nombre del Señor, porque él lo ordenó y fueron creados» (Sal 148,3-5). Existimos no sólo por el poder de Dios, sino frente a él y junto a él.

Los escritos de los profetas invitan a recobrar la fortaleza en los momentos difíciles contemplando al Dios poderoso que creó el universo. El poder infinito de Dios no nos lleva a escapar de su ternura paterna, porque en él se conjugan el cariño y el vigor. De hecho, toda sana espiritualidad implica al mismo tiempo acoger el amor divino y adorar con confianza al Señor por su infinito poder.

En la Biblia, el Dios que libera y salva es el mismo que creó el universo, y esos dos modos divinos de actuar están íntima e inseparablemente conectados: « ¡Ay, mi Señor! Tú eres quien hiciste los cielos y la tierra con tu gran poder y tenso brazo. Nada es extraordinario para ti [...] Y sacaste a tu pueblo Israel de Egipto con señales y prodigios» (Jr. 32,17.21). «El Señor es un Dios eterno, creador de la tierra hasta sus bordes, no se cansa ni fatiga. Es imposible escrutar su

inteligencia. Al cansado da vigor, y al que no tiene fuerzas le acrecienta la energía» (Si 40,28b-29).

La experiencia de la cautividad en Babilonia engendró una crisis espiritual que provocó una profundización de la fe en Dios, explicitando su omnipotencia creadora, para exhortar al pueblo a recuperar la esperanza en medio de su situación desdichada. Siglos después, en otro momento de prueba y persecución, cuando el Imperio Romano buscaba imponer un dominio absoluto, los fieles volvían a encontrar consuelo y esperanza acrecentando su confianza en el Dios todopoderoso, y cantaban: « ¡Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios omnipotente, justos y verdaderos tus caminos!» (Ap. 15,3).

Explica S,S, que Dios pudo crear el universo de la nada, puede también intervenir en este mundo y vencer cualquier forma de mal, hay esperanzas para el hombre. Entonces, la injusticia no es invencible. Por eso, no podemos sostener una espiritualidad que olvide al Dios todopoderoso y creador. De ese modo, terminaríamos adorando otros poderes del mundo, o nos colocaríamos en el lugar del Señor, hasta pretender pisotear la realidad creada por él sin conocer límites, tal como ha venido sucediendo con algunas corrientes filosóficas, políticas, científicas y algunas que se hacen llamar religiosas.

Por eso explica que la mejor manera de poner en su lugar al ser humano, y eliminar su pretensión de ser un dominador absoluto de la tierra, es reconocer en la figura de un Padre creador y único dueño y señor del mundo, y el ser humano en sus afanes dominantes siempre quiere imponer a la realidad sus propias leyes e intereses individuales. Y es a partir de esta situación de falta de cordura del hombre, desde la comprensión de la incoherencia entre la fe y lo que dice que se desarrolla la preocupación.

Para la tradición judío-cristiana, decir «creación» es más que decir naturaleza, porque tiene que ver con un proyecto del amor de Dios donde cada criatura tiene un valor y un significado. La naturaleza suele entenderse como un

sistema que se analiza, comprende y gestiona, pero la creación sólo puede ser entendida como un don que surge de la mano abierta del Padre de todos, como una realidad iluminada por el amor que nos convoca a una comunión universal.

«Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos» (Sal 33,6). Así se nos indica que el mundo procedió de una decisión, no del caos o la casualidad, lo cual lo enaltece todavía más. Hay una opción libre expresada en la palabra creadora. El universo no surgió como resultado de una omnipotencia arbitraria, de una demostración de fuerza o de un deseo de autoafirmación. La creación es del orden del amor. El amor de Dios es el móvil fundamental de todo lo creado:

«Amas a todos los seres y no aborreces nada de lo que hiciste, porque, si algo odiaras, no lo habrías creado » (Sb 11,24).

Al mismo tiempo, el pensamiento judío-cristiano desmitificó la naturaleza. Sin dejar de admirarla por su esplendor y su inmensidad, ya no le atribuyó un carácter divino. De esa manera se destaca todavía más nuestro compromiso ante ella. Un retorno a la naturaleza no puede ser a costa de la libertad y es responsabilidad del ser humano, cultivar sus capacidades para protegerlo y desarrollar sus potencialidades.

Reconocer el valor y la fragilidad de la naturaleza, y al mismo tiempo las capacidades que el Creador nos otorgó, nos permite terminar hoy con el mito moderno del progreso material sin límites. Un mundo más frágil donde cada ser humano a quien Dios le confía su cuidado, interpela nuestra inteligencia para decirnos cómo deberíamos orientar, cultivar y limitar nuestro poder.

En este universo, conformado por sistemas abiertos que entran en comunicación podemos descubrir innumerables formas de relación y participación. Esto lleva a pensar también sobre la trascendencia de Dios, dentro de la cual se desarrolla nuestra vida. La fe nos permite interpretar el sentido y la belleza misteriosa de lo que acontece. La libertad humana puede hacer su aporte

inteligente hacia una evolución positiva, pero también puede agregar nuevos males, nuevas causas de sufrimiento y verdaderos retrocesos, donde con frecuencia se entrega a las guerras y a hacer prácticas nocivas.

Esto da lugar a la apasionante y dramática historia humana, capaz de convertirse en un despliegue de liberación, crecimiento, salvación y amor, o en un camino de decadencia y de mutua destrucción. Por eso, la acción de la Iglesia no sólo intenta recordar el deber de cuidar la naturaleza, sino que al mismo tiempo tiene la decisión de proteger sobre todo al hombre contra la destrucción de sí mismo y de los demás.

No obstante, Dios, que quiere actuar con nosotros y contar con nuestra cooperación, también es capaz de sacar algún bien de los males que nosotros realizamos, porque «el Espíritu Santo posee una inventiva infinita, propia de la mente divina, que provee a desatar los nudos de los sucesos humanos, incluso los más complejos e impenetrables».

Él, de algún modo, quiso limitarse a sí mismo al crear un mundo necesitado de desarrollo, donde muchas cosas que nosotros consideramos males, peligros o fuentes de sufrimiento, en realidad son parte de los dolores de parto que nos estimulan a colaborar con el Creador. Él está presente en lo más íntimo de cada cosa sin condicionar la autonomía de su criatura, y esto también da lugar a la legítima autonomía de las realidades terrenas. Esa presencia divina, que asegura la permanencia y el desarrollo de cada ser, «es la continuación de la acción creadora».

El Espíritu de Dios llenó el universo con virtualidades que permiten que del seno mismo de las cosas pueda brotar siempre algo nuevo: «La naturaleza no es otra cosa sino la razón de cierto arte, concretamente el arte divino, inscrito en las cosas, por el cual las cosas mismas se mueven hacia un fin determinado. Como si el maestro constructor de barcos pudiera otorgar a la madera que pudiera moverse a sí misma para tomar la forma del barco».

El ser humano, si bien supone también procesos evolutivos, implica una novedad no explicable plenamente por la evolución de otros sistemas abiertos. Cada uno de nosotros tiene en sí una identidad personal, capaz de entrar en diálogo con los demás y con el mismo Dios. La capacidad de reflexión, la argumentación, la creatividad, la interpretación, la elaboración artística y otras capacidades inéditas muestran una singularidad que trasciende el ámbito físico y biológico.

La novedad cualitativa que implica el surgimiento de un ser personal dentro del universo material supone una acción directa de Dios, un llamado peculiar a la vida y a la relación de un Tú a otro tú. A partir de los relatos bíblicos, consideramos al ser humano como sujeto, que nunca puede ser reducido a la categoría de objeto.

Pero también sería equivocado pensar que los demás seres vivos deban ser considerados como meros objetos sometidos a la arbitraria dominación humana. Cuando se propone una visión de la naturaleza únicamente como objeto de provecho y de interés, esto también tiene serias consecuencias en la sociedad.

La visión que consolida la arbitrariedad del más fuerte ha propiciado inmensas desigualdades, injusticias y violencia para la mayoría de la humanidad, porque los recursos pasan a ser del primero que llega o del que tiene más poder: el ganador se lleva todo. El ideal de armonía, de justicia, de fraternidad y de paz que propone Jesús está en las antípodas de semejante modelo, y así lo expresaba con respecto a los poderes de su época:

«Los poderosos de las naciones las dominan como señores absolutos, y los grandes las oprimen con su poder. Que no sea así entre vosotros, sino que el que quiera ser grande sea el servidor » (Mt 20,25-26).

El fin de la marcha del universo está en la plenitud de Dios, que ya ha sido alcanzada por Cristo resucitado, eje de la maduración universal. Así agregamos un argumento más para rechazar todo dominio despótico e irresponsable del ser

humano sobre las demás criaturas. El fin último de las demás criaturas no somos nosotros. Pero todas avanzan, junto con nosotros y a través de nosotros, hacia el término común, que es Dios, en una plenitud trascendente donde Cristo resucitado abraza e ilumina todo. Porque el ser humano, dotado de inteligencia y de amor, atraído por la plenitud de Cristo, está llamado a reconducir todas las criaturas a su Creador.

El mensaje de cada criatura está en la armonía de todo lo creado. Por lo cual dice que cuando insistimos en decir que el ser humano es imagen de Dios, eso no debería llevarnos a olvidar que cada criatura tiene una función y ninguna es superflua. Todo el universo material es un lenguaje del amor de Dios, de su desmesurado cariño hacia nosotros. El suelo, el agua, las montañas, todo es caricia de Dios.

Dios ha escrito un libro precioso, «cuyas letras son la multitud de criaturas presentes en el universo». Bien expresaron los Obispos de Canadá que ninguna criatura queda fuera de esta manifestación de Dios: «Desde los panoramas más amplios a la forma de vida más ínfima, la naturaleza es un continuo manantial de maravilla y de temor. Ella es, además, una continua revelación de lo divino» (cf. *Laudato si'*,54)

Los Obispos de Japón, (citados en *Laudato Sí*, 55) por su parte, dijeron algo muy sugestivo:

«Percibir a cada criatura cantando el himno de su existencia es vivir gozosamente en el amor de Dios y en la esperanza». Esta contemplación de lo creado nos permite descubrir a través de cada cosa alguna enseñanza que Dios nos quiere transmitir, porque «para el creyente contemplar lo creado es también escuchar un mensaje, oír una voz paradójica y silenciosa». Podemos decir que, «junto a la Revelación propiamente dicha, contenida en la sagrada Escritura, se da una manifestación divina cuando brilla el sol y cuando cae la noche». Prestando atención a esa manifestación, el ser humano aprende a reconocerse a sí mismo

en la relación con las demás criaturas: «Yo me autoexpreso al expresar el mundo; yo exploro mi propia sacralidad al intentar descifrar la del mundo».

El conjunto del universo, con sus múltiples relaciones, muestra mejor la inagotable riqueza de Dios. Santo Tomás de Aquino remarcaba sabiamente que la multiplicidad y la variedad provienen «de la intención del primer agente», que quiso que «lo que falta a cada cosa para representar la bondad divina fuera suplido por las otras», porque su bondad «no puede ser representada convenientemente por una sola criatura». Por eso, nosotros necesitamos captar la variedad de las cosas en sus múltiples relaciones.

Entonces, se entiende mejor la importancia y el sentido de cualquier criatura si se la contempla en el conjunto del proyecto de Dios. Así lo enseña el Catecismo:

«La interdependencia de las criaturas es querida por Dios. El sol y la luna, el cedro y la florecilla, el águila y el gorrión, las innumerables diversidades y desigualdades significan que ninguna criatura se basta a sí misma, que no existen sino en dependencia unas de otras, para complementarse y servirse mutuamente».

Cuando tomamos conciencia del reflejo de Dios que hay en todo lo que existe, el corazón experimenta el deseo de adorar al Señor por todas sus criaturas y junto con ellas, como se expresa en el precioso himno de San Francisco de Asís:

«Alabado seas, mi Señor,
con todas tus criaturas,
especialmente el hermano sol,
por quien nos das el día y nos iluminas.
Y es bello y radiante con gran esplendor,
de ti, Altísimo, lleva significación.
Alabado seas, mi Señor,
por la hermana luna y las estrellas,
en el cielo las formaste claras y preciosas, y bellas.
Alabado seas, mi Señor, por el hermano viento
y por el aire, y la nube y el cielo sereno,
y todo tiempo,
por todos ellos a tus criaturas das sustento.

Alabado seas, mi Señor, por la hermana agua,
la cual es muy humilde, y preciosa y casta.
Alabado seas, mi Señor, por el hermano fuego,
por el cual iluminas la noche,
y es bello, y alegre y vigoroso, y fuerte» [64].

Los Obispos de Brasil (Laudato Sí...88), han remarcado que toda la naturaleza, además de manifestar a Dios, es lugar de su presencia. En cada criatura habita su Espíritu vivificante que nos llama a una relación con él. El descubrimiento de esta presencia estimula en nosotros el desarrollo de las «virtudes ecológicas». Pero cuando decimos esto, no olvidamos que también existe una distancia infinita, que las cosas de este mundo no poseen la plenitud de Dios. De otro modo, tampoco haríamos un bien a las criaturas, porque no reconoceríamos su propio y verdadero lugar, y terminaríamos exigiéndoles indebidamente lo que en su pequeñez no nos pueden dar.

Debe existir una comunión universal, y ante esto dice que "...Las criaturas de este mundo no pueden ser consideradas un bien sin dueño: «Son tuyas, Señor, que amas la vida» (Sb 11,26). Esto provoca la convicción de que, siendo creados por el mismo Padre, todos los seres del universo estamos unidos por lazos invisibles y conformamos una especie de familia universal, una sublime comunión que nos mueve a un respeto sagrado, cariñoso y humilde. Quiero recordar que «Dios nos ha unido tan estrechamente al mundo que nos rodea, que la desertificación del suelo es como una enfermedad para cada uno, y podemos lamentar la extinción de una especie como si fuera una mutilación».

Esto no significa igualar a todos los seres vivos y quitarle al ser humano ese valor peculiar que implica al mismo tiempo una tremenda responsabilidad. Tampoco supone una divinización de la tierra que nos privaría del llamado a colaborar con ella y a proteger su fragilidad. Estas concepciones terminarían creando nuevos desequilibrios por escapar de la realidad que nos interpela. Es

verdad que debe preocuparnos que otros seres vivos no sean tratados irresponsablemente, no debemos olvidar al hombre, y este no debe olvidar que tiene un poder superior del cual depende.

Pero especialmente deberían exasperarnos las enormes inequidades que existen entre nosotros, porque seguimos tolerando que unos se consideren más dignos que otros. Dejamos de advertir que algunos se dejan arrastrar en una degradante miseria, sin posibilidades reales de superación, mientras otros ni siquiera saben qué hacer con lo que poseen, ostentan vanidosamente una supuesta superioridad y dejan tras de sí un nivel de desperdicio que sería imposible generalizar sin destruir el planeta. Seguimos admitiendo en la práctica que unos se sientan más humanos que otros, como si hubieran nacido con mayores derechos.

No puede ser real un sentimiento de íntima unión con los demás seres de la naturaleza si al mismo tiempo en el corazón no hay ternura, compasión y preocupación por los seres humanos.

Es evidente la incoherencia de quien lucha contra el tráfico de animales en riesgo de extinción, pero permanece completamente indiferente ante la trata de personas, se desentiende de los pobres o se empeña en destruir a otro ser humano que le desagrada. Esto pone en riesgo el sentido de la lucha por el ambiente. No es casual que, en el himno donde san Francisco alaba a Dios por las criaturas, añada lo siguiente: «Alabado seas, mi Señor, por aquellos que perdonan por tu amor». Todo está conectado. Por eso se requiere una preocupación por el ambiente unida al amor sincero hacia los seres humanos y a un constante compromiso ante los problemas de la sociedad.

Por otra parte, cuando el corazón está auténticamente abierto a una comunión universal, nada ni nadie está excluido de esa fraternidad. Por consiguiente, también es verdad que la indiferencia o la crueldad ante las demás criaturas de este mundo siempre terminan trasladándose de algún modo al trato

que damos a otros seres humanos. El corazón es uno solo, y la misma miseria que lleva a maltratar a un animal no tarda en manifestarse en la relación con las demás personas. Todo ensañamiento con cualquier criatura «es contrario a la dignidad humana». No podemos considerarnos grandes amantes si excluimos de nuestros intereses alguna parte de la realidad:

«Paz, justicia y conservación de la creación son tres temas absolutamente ligados, que no podrán apartarse para ser tratados individualmente so pena de caer nuevamente en el reduccionismo». Todo está relacionado, y todos los seres humanos estamos juntos como hermanos y hermanas en una maravillosa peregrinación, entrelazados por el amor que Dios tiene a cada una de sus criaturas y que nos une también, con tierno cariño, al hermano sol, a la hermana luna, al hermano río y a la madre tierra.

Destino común de los bienes: En relación con esto dice que hoy creyentes y no creyentes estamos de acuerdo en que la tierra es esencialmente una herencia común, cuyos frutos deben beneficiar a todos. Para los creyentes, esto se convierte en una cuestión de fidelidad al Creador, porque Dios creó el mundo para todos. Por consiguiente, todo planteo ecológico debe incorporar una perspectiva social que tenga en cuenta los derechos fundamentales de los más postergados.

El principio de la subordinación de la propiedad privada al destino universal de los bienes y, por tanto, el derecho universal a su uso es una «regla de oro» del comportamiento social y el «primer principio de todo el ordenamiento ético-social». (cf. *Laudatus Sí*, 71-93). Se refiere a cómo la tradición cristiana nunca reconoció como absoluto o intocable el derecho a la propiedad privada y subrayó la función social de cualquier forma de propiedad privada, es decir, el compartir.

San Juan Pablo II recordó con mucho énfasis esta doctrina, diciendo que «Dios ha dado la tierra a todo el género humano para que ella sustente a todos sus habitantes, sin excluir a nadie ni privilegiar a ninguno». Son palabras densas y fuertes. Remarcó que «no sería verdaderamente digno del hombre un tipo de

desarrollo que no respetara y promoviera los derechos humanos, personales y sociales, económicos y políticos, incluidos los derechos de las naciones y de los pueblos».

Con toda claridad explicó que «la Iglesia defiende, sí, el legítimo derecho a la propiedad privada, pero enseña con no menor claridad que sobre toda propiedad privada grava siempre una hipoteca social, para que los bienes sirvan a la destinación general que Dios les ha dado». Por lo tanto afirmó que «no es conforme con el designio de Dios usar este don de modo tal que sus beneficios favorezcan sólo a unos pocos». Esto cuestiona seriamente los hábitos injustos de una parte de la humanidad.

Dice que el rico y el pobre tienen igual dignidad, porque «a los dos los hizo el Señor» (Pr 22,2); «Él mismo hizo a pequeños y a grandes» (Sb 6,7) y «hace salir su sol sobre malos y buenos» (Mt 5,45). Esto tiene consecuencias prácticas, como las que enunciaron los Obispos de Paraguay: «Todo campesino tiene derecho natural a poseer un lote racional de tierra donde pueda establecer su hogar, trabajar para la subsistencia de su familia y tener seguridad existencial. Este derecho debe estar garantizado para que su ejercicio no sea ilusorio sino real. Lo cual significa que, además del título de propiedad, el campesino debe contar con medios de educación técnica, créditos, seguros y comercialización».

El medio ambiente es un bien colectivo, patrimonio de toda la humanidad y responsabilidad de todos. Quien se apropia algo es sólo para administrarlo en bien de todos. Si no lo hacemos, cargamos sobre la conciencia el peso de negar la existencia de los otros. Por eso, los Obispos de Nueva Zelanda se preguntaron qué significa el mandamiento «no matarás» cuando «un veinte por ciento de la población mundial consume recursos en tal medida que roba a las naciones pobres y a las futuras generaciones lo que necesitan para sobrevivir»(cf. *Laudato si'*,78- 95.).

Lo principal es la mirada de Jesús presente en el problema de todos. Dice que Jesús asume la fe bíblica en el Dios creador y destaca un dato fundamental: Dios es Padre (cf. Mt 11,25). En los diálogos con sus discípulos, Jesús los invitaba a reconocer la relación paterna que Dios tiene con todas las criaturas, y les recordaba con una conmovedora ternura cómo cada una de ellas es importante a sus ojos: «¿No se venden cinco pajarillos por dos monedas? Pues bien, ninguno de ellos está olvidado ante Dios» (Pc 12,6). «Mirad las aves del cielo, que no siembran ni cosechan, y no tienen graneros. Pero el Padre celestial las alimenta» (Mt 6,26).

Es que él Señor podía invitar a otros a estar atentos a la belleza que hay en el mundo porque él mismo estaba en contacto permanente con la naturaleza y le prestaba una atención llena de cariño y asombro. Cuando recorría cada rincón de su tierra se detenía a contemplar la hermosura sembrada por su Padre, e invitaba a sus discípulos a reconocer en las cosas un mensaje divino:

«Levantad los ojos y mirad los campos, que ya están listos para la cosecha» (Jn 4,35). «El reino de los cielos es como una semilla de mostaza que un hombre siembra en su campo. Es más pequeña que cualquier semilla, pero cuando crece es mayor que las hortalizas y se hace un árbol» (Mt 13,31-32).

Explica que Jesús vivía en armonía plena con la creación, y los demás se asombraban: «¿Quién es este, que hasta el viento y el mar le obedecen?» (Mt 8,27). No aparecía como un asceta separado del mundo o enemigo de las cosas agradables de la vida. Refiriéndose a sí mismo expresaba: «Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen que es un comilón y borracho» (Mt 11,19). Estaba lejos de las filosofías que despreciaban el cuerpo, la materia y las cosas de este mundo.

Sin embargo, esos dualismos malsanos llegaron a tener una importante influencia en algunos pensadores cristianos a lo largo de la historia y desfiguraron el Evangelio. Jesús trabajaba con sus manos, tomando contacto cotidiano con la

materia creada por Dios para darle forma con su habilidad de artesano. Llama la atención que la mayor parte de su vida fue consagrada a esa tarea, en una existencia sencilla que no despertaba admiración alguna: «¿No es este el carpintero, el hijo de María?» (Mc 6,3). Así santificó el trabajo y le otorgó un peculiar valor para nuestra maduración. San Juan Pablo II enseñaba que, «soportando la fatiga del trabajo en unión con Cristo crucificado por nosotros, el hombre colabora en cierto modo con el Hijo de Dios en la redención de la humanidad».

Para la comprensión cristiana de la realidad, el destino de toda la creación pasa por el misterio de Cristo, que está presente desde el origen de todas las cosas: «Todo fue creado por él y para él » (Col 1,16) [80]. El prólogo del Evangelio de Juan (1,1-18) muestra la actividad creadora de Cristo como Palabra divina (Logos). Pero este prólogo sorprende por su afirmación de que esta Palabra «se hizo carne» (Jn 1,14). Una Persona de la Trinidad se insertó en el cosmos creado, corriendo su suerte con él hasta la cruz. Desde el inicio del mundo, pero de modo peculiar a partir de la encarnación, el misterio de Cristo opera de manera oculta en el conjunto de la realidad natural, sin por ello afectar su autonomía.

El Nuevo Testamento no sólo nos habla del Jesús terreno y de su relación tan concreta y amable con todo el mundo. También lo muestra como resucitado y glorioso, presente en toda la creación con su señorío universal: «Dios quiso que en él residiera toda la Plenitud. Por él quiso reconciliar consigo todo lo que existe en la tierra y en el cielo, restableciendo la paz por la sangre de su cruz» (Col 1,19-20).

Esto nos proyecta al final de los tiempos, cuando el Hijo entregue al Padre todas las cosas y «Dios sea todo en todos» (1 Co 15,28). De ese modo, las criaturas de este mundo ya no se nos presentan como una realidad meramente natural, porque el Resucitado las envuelve misteriosamente y las orienta a un

destino de plenitud. Las mismas flores del campo y las aves que él contempló admirado con sus ojos.

Alguien a quien se debe hacer referencia en cuestiones de ambiente es Francisco de Asís, es el ejemplo por excelencia del cuidado de lo que es débil y de una ecología integral, vivida con alegría y autenticidad. Es el santo patrono de todos los que estudian y trabajan en torno a la ecología, amado también por muchos que no son cristianos.

Él manifestó una atención particular hacia la creación de Dios y hacia los más pobres y abandonados. Amaba y era amado por su alegría, su entrega generosa, su corazón universal. Era un místico y un peregrino que vivía con simplicidad y en una maravillosa armonía con Dios, con los otros, con la naturaleza y consigo mismo. En él se advierte hasta qué punto son inseparables la preocupación por la naturaleza, la justicia con los pobres, el compromiso con la sociedad y la paz interior.

Su testimonio nos muestra también que una ecología integral requiere apertura hacia categorías que trascienden el lenguaje de las matemáticas o de la biología y nos conectan con la esencia de lo humano...Él entraba en comunicación con todo lo creado, y hasta predicaba a las flores «invitándolas a alabar al Señor, como si gozaran del don de la razón» Su reacción era mucho más que una valoración intelectual o un cálculo económico, porque para él cualquier criatura era una hermana, unida a él con lazos de cariño.

Su discípulo san Buenaventura decía de él que, «lleno de la mayor ternura al considerar el origen común de todas las cosas, daba a todas las criaturas, por más despreciables que parecieran, el dulce nombre de hermanas».

Cabe destacar la Cumbre de la Tierra, celebrada en 1992 en Río de Janeiro. Allí se proclamó que «los seres humanos constituyen el centro de las preocupaciones relacionadas con el desarrollo sostenible». Retomando contenidos

de la Declaración de Estocolmo (1972), consagró la cooperación internacional para cuidar el ecosistema de toda la tierra, la obligación por parte de quien contamina de hacerse cargo económicamente de ello, el deber de evaluar el impacto ambiental de toda obra o proyecto.

Propuso el objetivo de estabilizar las concentraciones de gases de efecto invernadero en la atmósfera para revertir el calentamiento global. También elaboró una agenda con un programa de acción y un convenio sobre diversidad biológica, declaró principios en materia forestal. Si bien aquella cumbre fue verdaderamente superadora y profética para su época, los acuerdos han tenido un bajo nivel de implementación porque no se establecieron adecuados mecanismos de control, de revisión periódica y de sanción de los incumplimientos. Los principios enunciados siguen reclamando caminos eficaces y ágiles de ejecución práctica.

Como experiencias positivas se pueden mencionar, por ejemplo, el Convenio de Basilea sobre los desechos peligrosos, con un sistema de notificación, estándares y controles; también la Convención vinculante que regula el comercio internacional de especies amenazadas de fauna y flora silvestre, que incluye misiones de verificación del cumplimiento efectivo. Gracias a la Convención de Viena para la protección de la capa de ozono y a su implementación mediante el Protocolo de Montreal y sus enmiendas, el problema del adelgazamiento de esa capa parece haber entrado en una fase de solución.

En la Declaración de Río de 1992, se sostiene que, «cuando haya peligro de daño grave o irreversible, la falta de certeza científica absoluta no deberá utilizarse como razón para postergar la adopción de medidas eficaces», que impidan la degradación del medio ambiente. Este principio precautorio permite la protección de los más débiles, que disponen de pocos medios para defenderse y para aportar pruebas irrefutables. Si la información objetiva lleva a prever un daño grave e irreversible, aunque no haya una comprobación indiscutible, cualquier proyecto debería detenerse o modificarse. Así se invierte el peso de la prueba, ya que en

estos casos hay que aportar una demostración objetiva y contundente de que la actividad propuesta no va a generar daños graves al ambiente o a quienes lo habitan.

En *Laudatus Sí*, S.S., papa Francisco nos aconseja que recordemos el modelo de san Francisco de Asís, para proponer una sana relación con lo creado como una dimensión de la conversión íntegra de la persona. Esto implica también reconocer los propios errores, pecados, vicios o negligencias, y arrepentirse de corazón, cambiar desde adentro. Los Obispos australianos supieron expresar la conversión en términos de reconciliación con la creación y lograr una reconciliación integral tenemos que examinar nuestras vidas y reconociendo además de qué modo se ofende a Dios con nuestras acciones y comportamientos.

Pone también el ejemplo de santa Teresa de Lisieux, quien nos invita a la práctica del pequeño camino del amor, a no perder la oportunidad de una palabra amable, de una sonrisa, de cualquier pequeño gesto que siembre paz y amistad.

Una ecología integral se hace también de simples gestos cotidianos donde rompemos la lógica de la violencia, del aprovechamiento, del egoísmo. Debemos reconocer que el mundo del consumo exacerbado es al mismo tiempo el mundo del maltrato de la vida en todas sus formas.

S.S., propone para superar la crisis y los problemas del mundo un amor, lleno de cuidado mutuo, que es un amor civil y político, y que se manifiesta en todas las acciones que procuran construir un mundo mejor. Solamente con un claro amor a la sociedad y un compromiso por el bien común se puede lograr una excelente forma de caridad, que no afecte las relaciones entre los individuos, ni a las relaciones sociales, económicas y políticas».

La Iglesia católica propone al mundo el ideal de una «civilización del amor». Se trata de un amor social como la clave de un auténtico desarrollo, que puede orientar una sociedad más humana, más digna de la persona.

El amor social mueve al hombre a pensar en grandes estrategias que detengan eficazmente la degradación ambiental y alienten una cultura del cuidado que impregne toda la sociedad. Pero cuando alguien reconoce el llamado de Dios a intervenir junto con los demás en estas dinámicas sociales, debe recordar que eso es parte de su espiritualidad, que es ejercicio de la caridad y que de ese modo madura y se santifica.

No todo debe dejarse a la acción de los políticos, porque no todos están en la línea de trabajar de manera directa en la política, sin embargo, en las comunidades existen múltiples asociaciones dirigidas a favor del bien común que se encargan de preservar el ambiente natural y urbano. Que se preocupan por edificios, fuentes, unos monumentos abandonados, paisajes, y plazas, que se encargan de proteger, sanear, mejorar o embellecer algo que es de todos, y es recomendable apoyarlas. Junto a estas asociaciones se desarrollan o se recuperan vínculos y surge un nuevo tejido social local, es manera de superar la indiferencia consumista.

También se incluye el cultivo de una identidad común, de una historia que se conserva y se transmite. De esa manera se cuida el mundo y la calidad de vida de los más pobres, con un sentido solidario que es al mismo tiempo conciencia de habitar una casa común que Dios nos ha prestado. Estas acciones comunitarias, cuando expresan un amor que se entrega, pueden convertirse en intensas experiencias espirituales.

Signos sacramentales y descanso celebrativo: El universo se desarrolla en Dios, que lo llena todo. Entonces hay mística en una hoja, en un camino, en el rocío, en el rostro del pobre. El ideal no es sólo pasar de lo exterior a lo interior para descubrir la acción de Dios en el alma, sino también llegar a encontrarlo en

todas las cosas, como enseñaba san Buenaventura: «La contemplación es tanto más eminente cuanto más siente en sí el hombre el efecto de la divina gracia o también cuanto mejor sabe encontrar a Dios en las criaturas exteriores».

San Juan de la Cruz enseñaba que todo lo bueno que hay en las cosas y experiencias del mundo «está en Dios eminentemente en infinita manera, o, por mejor decir, cada una de estas grandezas que se dicen es Dios». No es porque las cosas limitadas del mundo sean realmente divinas, sino porque el místico experimenta la íntima conexión que hay entre Dios y todos los seres, y así «siente ser todas las cosas Dios». Si le admira la grandeza de una montaña, no puede separar eso de Dios, y percibe que esa admiración interior que él vive debe depositarse en el Señor: «Las montañas tienen alturas, son abundantes, anchas, y hermosas, o graciosas, floridas y olorosas.

Estas montañas es mi Amado para mí. Los valles solitarios son quietos, amenos, frescos, umbrosos, de dulces aguas llenos, y en la variedad de sus arboledas y en el suave canto de aves hacen gran recreación y deleite al sentido, dan refrigerio y descanso en su soledad y silencio. Estos valles es mi Amado para mí».

Los Sacramentos son un modo privilegiado de cómo la naturaleza es asumida por Dios y se convierte en mediación de la vida sobrenatural. A través del culto somos invitados a abrazar el mundo en un nivel distinto. El agua, el aceite, el fuego y los colores son asumidos con toda su fuerza simbólica y se incorporan en la alabanza. La mano que bendice es instrumento del amor de Dios y reflejo de la cercanía de Jesucristo que vino a acompañarnos en el camino de la vida.

El agua que se derrama sobre el cuerpo del niño que se bautiza es signo de vida nueva. No escapamos del mundo ni negamos la naturaleza cuando queremos encontrarnos con Dios. Esto se puede percibir particularmente en la espiritualidad cristiana oriental: «La belleza, que en Oriente es uno de los nombres con que más frecuentemente se suele expresar la divina armonía y el

modelo de la humanidad transfigurada, se muestra por doquier: en las formas del templo, en los sonidos, en los colores, en las luces y en los perfumes».

Para la experiencia cristiana, todas las criaturas del universo material encuentran su verdadero sentido en el Verbo encarnado, porque el Hijo de Dios ha incorporado en su persona parte del universo material, donde ha introducido un germen de transformación definitiva: «el Cristianismo no rechaza la materia, la corporeidad; al contrario, la valoriza plenamente en el acto litúrgico, en el que el cuerpo humano muestra su naturaleza íntima de templo del Espíritu y llega a unirse al Señor Jesús, hecho también él cuerpo para la salvación del mundo».

En la Eucaristía lo creado encuentra su mayor elevación. La gracia, que tiende a manifestarse de modo sensible, logra una expresión asombrosa cuando Dios mismo, hecho hombre, llega a hacerse comer por su criatura. El Señor, en el colmo del misterio de la Encarnación, quiso llegar a nuestra intimidad a través de un pedazo de materia. No desde arriba, sino desde adentro, para que en nuestro propio mundo pudiéramos encontrarlo a él. En la Eucaristía ya está realizada la plenitud, y es el centro vital del universo, el foco desbordante de amor y de vida inagotable. Unido al Hijo encarnado, presente en la Eucaristía, todo el cosmos da gracias a Dios. En efecto, la Eucaristía es de por sí un acto de amor cósmico: «¡Sí, cósmico!

Porque también cuando se celebra sobre el pequeño altar de una iglesia en el campo, la Eucaristía se celebra, en cierto sentido, sobre el altar del mundo». La Eucaristía une el cielo y la tierra, abraza y penetra todo lo creado. El mundo que salió de las manos de Dios vuelve a él en feliz y plena adoración. En el Pan eucarístico, «la creación está orientada hacia la divinización, hacia las santas bodas, hacia la unificación con el Creador mismo».

Por eso, la Eucaristía es también fuente de luz y de motivación para nuestras preocupaciones por el ambiente, y nos orienta a ser custodios de todo lo creado. El domingo, la participación en la Eucaristía tiene una importancia especial. Ese

día, así como el sábado judío, se ofrece como día de la sanación de las relaciones del ser humano con Dios, consigo mismo, con los demás y con el mundo.

El domingo es el día de la Resurrección, el «primer día» de la nueva creación, cuya primicia es la humanidad resucitada del Señor, garantía de la transfiguración final de toda la realidad creada. Además, ese día anuncia «el descanso eterno del hombre en Dios». De este modo, la espiritualidad cristiana incorpora el valor del descanso y de la fiesta. El ser humano tiende a reducir el descanso contemplativo al ámbito de lo infecundo o innecesario, olvidando que así se quita a la obra que se realiza lo más importante: su sentido.

Estamos llamados a incluir en nuestro obrar una dimensión receptiva y gratuita, que es algo diferente de un mero no hacer. Se trata de otra manera de obrar que forma parte de nuestra esencia. De ese modo, la acción humana es preservada no únicamente del activismo vacío, sino también del desenfreno voraz y de la conciencia aislada que lleva a perseguir sólo el beneficio personal.

La ley del descanso semanal imponía abstenerse del trabajo el séptimo día «para que reposen tu buey y tu asno y puedan respirar el hijo de tu esclava y el emigrante» (Ex 23,12). El descanso es una ampliación de la mirada que permite volver a reconocer los derechos de los demás. Así, el día de descanso, cuyo centro es la Eucaristía, derrama su luz sobre la semana entera y nos motiva a incorporar el cuidado de la naturaleza y de los pobres.

Para los cristianos, creer en un solo Dios que es comunión trinitaria lleva a pensar que toda la realidad contiene en su seno una marca propiamente trinitaria. San Buenaventura llegó a decir que el ser humano, antes del pecado, podía descubrir cómo cada criatura «testifica que Dios es trino». El reflejo de la Trinidad se podía reconocer en la naturaleza «cuando ni ese libro era oscuro para el hombre ni el ojo del hombre se había enturbiado». El santo franciscano nos enseña que toda criatura lleva en sí una estructura propiamente trinitaria, tan real

que podría ser espontáneamente contemplada si la mirada del ser humano no fuera limitada, oscura y frágil. Así nos indica el desafío de tratar de leer la realidad en clave trinitaria.

Las Personas divinas son relaciones subsistentes, y el mundo, creado según el modelo divino, es una trama de relaciones. Las criaturas tienden hacia Dios, y a su vez es propio de todo ser viviente tender hacia otra cosa, de tal modo que en el seno del universo podemos encontrar un sinnúmero de constantes relaciones que se entrelazan secretamente. Esto no sólo nos invita a admirar las múltiples conexiones que existen entre las criaturas, sino que nos lleva a descubrir una clave de nuestra propia realización.

Porque la persona humana más crece, más madura y más se santifica a medida que entra en relación, cuando sale de sí misma para vivir en comunión con Dios, con los demás y con todas las criaturas. Así asume en su propia existencia ese dinamismo trinitario que Dios ha impreso en ella desde su creación. Todo está conectado, y eso nos invita a madurar una espiritualidad de la solidaridad global que brota del misterio de la Trinidad.

Reina de todo lo creado: María, la madre que cuidó a Jesús, ahora cuida con afecto y dolor materno este mundo herido. Así como lloró con el corazón traspasado la muerte de Jesús, ahora se compadece del sufrimiento de los pobres crucificados y de las criaturas de este mundo arrasadas por el poder humano. Ella vive con Jesús completamente transfigurada, y todas las criaturas cantan su belleza. Es la Mujer « vestida de sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza » (Ap 12,1). Elevada al cielo, es Madre y Reina de todo lo creado.

En su cuerpo glorificado, junto con Cristo resucitado, parte de la creación alcanzó toda la plenitud de su hermosura. Ella no sólo guarda en su corazón toda la vida de Jesús, que «conservaba» cuidadosamente (cf. Lc 2,19.51), sino que

también comprende ahora el sentido de todas las cosas. Por eso podemos pedirle que nos ayude a mirar este mundo con ojos más sabios.

Junto con ella, en la familia santa de Nazaret, se destaca la figura de san José. Él cuidó y defendió a María y a Jesús con su trabajo y su presencia generosa, y los liberó de la violencia de los injustos llevándolos a Egipto. En el Evangelio aparece como un hombre justo, trabajador, fuerte. Pero de su figura emerge también una gran ternura, que no es propia de los débiles sino de los verdaderamente fuertes, atentos a la realidad para amar y servir humildemente. Por eso fue declarado custodio de la Iglesia universal. Él también puede enseñarnos a cuidar, puede motivarnos a trabajar con generosidad y ternura para proteger este mundo que Dios nos ha confiado.

Mientras tanto, nos unimos para hacernos cargo de esta casa que se nos confió, sabiendo que todo lo bueno que hay en ella será asumido en la fiesta celestial. Junto con todas las criaturas, caminamos por esta tierra buscando a Dios, porque, «si el mundo tiene un principio y ha sido creado, busca al que lo ha creado, busca al que le ha dado inicio, al que es su Creador». Caminemos cantando. Que nuestras luchas y nuestra preocupación por este planeta no nos quiten el gozo de la esperanza.

Dios, que nos convoca a la entrega generosa y a darlo todo, nos ofrece las fuerzas y la luz que necesitamos para salir adelante. En el corazón de este mundo sigue presente el Señor de la vida que nos ama tanto. Él no nos abandona, no nos deja solos, porque se ha unido definitivamente a nuestra tierra, y su amor siempre nos lleva a encontrar nuevos caminos. Alabado sea.

No obstante, el ser humano se aleja de esos preceptos y lleva una vida poco solidaria y generosa con sus congéneres, situación que se vivencia en el quehacer diario cuando somos incapaces de dar al más necesitado sin miramientos subjetivos, nos mostramos inseguros de ayudar al prójimo y de amarlo como Dios

manda, esto quizá se deba a la inseguridad reinante, al desconocimiento del bien común, o a la poca creencia en Dios.

De estas reflexiones podemos llegar a la conclusión que requerimos cultivar una identidad común, que se inserte en una historia que se conserva y sea transmitida a las generaciones. Deberíamos entrar en razón de que es requisito esencial para el buen funcionamiento de la sociedad cuidar el mundo y la calidad de vida de los más pobres, con un sentido solidario, donde al mismo tiempo entremos en conciencia de lo que significa habitar una casa común, que es el ambiente y que Dios nos ha prestado. Desarrollar acciones comunitarias, que expresa en un amor que se entrega, y que se convierta en intensas experiencias espirituales.

Esto debe hacerse con amor a la sociedad y con gran compromiso por el bien común son una forma excelente de la caridad. Para superar los problemas la Iglesia propone al mundo el ideal de una «civilización del amor», como clave de un auténtico desarrollo que permita revalorizar la vida social- a nivel político, económico, cultural-, haciéndolo la norma constante y suprema de la acción.

No nos debe quedar dudas de que una ecología integral requiere apertura hacia categorías que trascienden el lenguaje de las matemáticas o de la biología y nos conectan con la esencia de lo humano.

Se han hecho cumbres, encuentros, publicaciones sobre el tema ambiental, se elaboran agendas y programas de acción y convenios sobre diversidad biológica. Sin embargo, los acuerdos han tenido un bajo nivel de implementación porque no se establecen adecuados mecanismos de control, de revisión periódica y de sanción de los incumplimientos, de manera que la mayoría de las veces todas queda en enunciados siguen reclamando caminos eficaces y ágiles de ejecución práctica.

Se requiere pues desde todos los niveles, establecer una sana relación con lo creado como una dimensión de la conversión integral de la persona, lo cual implica reconocer los propios errores, pecados, vicios o negligencias, y arrepentirse de corazón, cambiar desde adentro.

De ahí que se lleve a cabo esta investigación para analizar los postulados de la encíclica Mater et Magistra y Laudato sí, mi Signore que conducen a la obtención del horizonte humano.

1.1. Formulación del problema

¿Cuáles son los postulados de las encíclicas Mater et Magistra y Laudato Sí, Mi Signore que conducen a la obtención del horizonte humano?

¿Es posible develar los aspectos esenciales de las encíclicas relativas a las virtudes ecológicas?

¿Es posible establecer las condiciones que debe regir la vida de los sujetos para integrarse en la solidaridad de una ética política?

2. Objetivos de la investigación

2.1 Objetivo General

Analizar los postulados de las Encíclicas Mater et Magistra y Laudato sí, mi Signore, que conducen a la obtención del horizonte humano.

2.2. Objetivos específicos

Develar algunos aspectos esenciales de las encíclicas relativas a las virtudes ecológicas

Establecer las condiciones que debe regir la vida de los sujetos para integrarse en la solidaridad de una ética política.

Reconocer la autoridad de la iglesia católica para superar los abusos y orientarse en el sentido de autorresponsabilidad.

3. JUSTIFICACIÓN DE LA INVESTIGACIÓN.

En el Viaje Apostólico del Santo Padre Francisco a Ecuador, Bolivia y Paraguay (5-13 de Julio de 2015), en el Encuentro con las Autoridades Civiles, dio un discurso en la Catedral de La Paz, Bolivia, el miércoles 8 de julio de 2015. Se dirigió a las autoridades políticas y civiles de Bolivia, y a los miembros del Cuerpo diplomático y personas relevantes del mundo de la cultura y del voluntariado. Es un discurso donde refuerza la posición de la iglesia en relación al tema político y social.

Insta a reconocer el papel específico de las religiones en el desarrollo de la cultura y los beneficios que puedan aportar a la sociedad, pero especialmente expresa:

“...Los cristianos, en particular, como discípulos de la Buena Noticia, somos portadores de un mensaje de salvación que tiene en sí mismo la capacidad de ennoblecer a las personas,...”, el mensaje es una invitación a impulsar líneas de acción que vayan más allá del interés individual, especialmente desarrollando y posibilitando la capacidad de renuncia siempre en favor de los demás, la sobriedad y las demás virtudes que nos contienen y nos unen, entre esas virtudes que se expresan en tres mandamientos: “...no mentir, no robar y no ser flojo...”.

Invita a estar alerta y no habituamos al ambiente de inequidad que nos rodea, dado que con frecuencia nos volvemos insensibles a las necesidades de los demás, donde es posible que actuemos en estado de confusión, en este sentido S.S. Papa Francisco se muestra comprensivo y expresa que al actuar

confundidos, hay la tendencia de creer que el «bien común» es igual a estar «bien-estar». La vida entonces se diluye en que somos nosotros los únicos, o alguno que otro quien disfruta, mientras una gran mayoría queda por fuera. La interpelación es a no hacerse el desentendido sobre el bien común porque la abundancia material tiende a ser egoísta, y a defender los intereses de una parte, a no pensar en los demás, y a dejarse llevar por la tentación del consumismo.

Las encíclicas en general instan a evitar posibles conflictos y disgregación social; y el mal de la corrupción que desalientan y hacen daño.

En este discurso propone atender al bien común, que es un pasar de lo que «es mejor para mí» a lo que «es mejor para todos», porque eso es lo único que le puede dar cohesión a un pueblo, donde se puedan compartir metas comunes, valores compartidos, ideales que ayudan a levantar la mirada, más allá de los horizontes particulares.

En su perspectiva de modernización, la iglesia católica ha venido dando pasos muy interesantes en cuanto a salir del claustro para proponer y actuar en la vida pública. Ya hace 50 años, el Concilio Vaticano II definía el bien común como «el conjunto de condiciones de la vida social que hacen posible a los grupos y a cada uno de sus miembros conseguir más plena y fácilmente de la propia perfección. Y se ha interesado también en una búsqueda constante de lo bello, lo verdadero, lo bueno y todo cuanto sea positivo por el bien común. Es un esfuerzo para ayudar siempre a creer y

“...crecer en un mayor respeto a la persona humana en cuanto tal, con derechos básicos e inalienables ordenados a su desarrollo integral, a la paz social, es decir, la estabilidad y seguridad de un cierto orden, que no se produce sin una atención particular a la justicia distributiva...” (cf. Enc. *Laudato si'*, 157).

Las recientes propuestas de las encíclicas están la dirigida a reconocer como el ambiente natural y el ambiente social, político y económico están íntimamente relacionados, y para su comprensión plantea con urgencia establecer las bases de una ecología integral, donde se atienda especialmente

los problemas de salud, en una acción integral que incorpore claramente todas las dimensiones humanas en la resolución de las graves cuestiones socio ambientales de nuestros días, porque las fallas en ese nivel van directamente hacia el declive de la dignidad de las persona.

Por eso invitan constantemente a tomar conciencia. A esa Ecología integral la llama "...ecología de la madre tierra, cuidar la madre tierra; ecología humana, cuidarnos entre nosotros; y ecología social..."

Entonces expone que si todo está relacionado, nos necesitamos unos a otros. Su reflexión llega hasta los niveles de la política, criticando la situación de algunos sistemas que se olvidan de las relaciones tan íntimas en el ambiente y solamente se preocupan por las formas utilitarias de concebir la existencia, por eso dice que si la política se deja dominar solamente por la especulación financiera o la economía se rige únicamente por el paradigma tecnocrático y utilitarista de la máxima producción, no podrán ni siquiera comprender, y menos aún resolver, los grandes problemas que afectan a la humanidad. Propone una cultura, de la que forme parte no solo el desarrollo de la capacidad intelectual del ser humano en las ciencias y de la capacidad de generar belleza en las artes, sino también las tradiciones populares locales, con su particular sensibilidad al medio de donde han surgido y del que han salido.

Como se desprende de las diversas lecturas hay una exigencia y es la de "...una educación ética y moral, que cultive actitudes de solidaridad y corresponsabilidad entre las personas..."

Llama la atención sobre los agentes sociales que tienen la responsabilidad de contribuir a la construcción de la unidad y el desarrollo de la sociedad, en un ambiente de libertad, a los medios de comunicación para que desarrollen su función, con pasión y creatividad, al servicio del bien común. Pero especialmente a los cristianos, que son el "fermento en el pueblo", para que aporten un positivo mensaje a la sociedad. Por eso dice:

“... La luz del Evangelio de Cristo no es propiedad de la Iglesia; ella es su servidora: la Iglesia debe servir al Evangelio de Cristo para que llegue hasta los extremos del mundo. La fe es una luz que no encandila; las ideologías encandilan, la fe no encandila, la fe es una luz que no obnubila, sino que alumbrá y guía con respeto la conciencia y la historia de cada persona y de cada convivencia humana. Respeto...” (cf. En el Viaje Apostólico del Santo Padre Francisco a Ecuador, Bolivia y Paraguay (5-13 de Julio de 2015), en el Encuentro con las Autoridades Civiles, dio un discurso en la Catedral de La Paz, Bolivia, el miércoles 8 de julio de 2015.)

Explica cómo el cristianismo ha tenido un papel importante en la formación de la identidad de los pueblos en su afán de desafiar, alentar y favorecer el ambiente “...para que germinen la espiritualidad y el compromiso de la fe, el compromiso cristiano en obras sociales, en extender el bien común, a través de las obras sociales...”.

Las encíclicas como magisterio social de la iglesia destacan el papel de la familia, su función y las amenazas que pesan sobre ella, la violencia doméstica, el alcoholismo, el machismo, la drogadicción, la falta de trabajo, la inseguridad ciudadana, el abandono de los ancianos, los niños de la calle y atacan de manera muy fuerte las colonizaciones ideológicas, el problema de la inmigración.

Lamenta la situación de deterioro que se viene dando actualmente en el mundo donde se;

“...experimenta una creciente y sostenida fragmentación social que pone en riesgo «todo fundamento de la vida social» y por lo tanto «termina por enfrentarnos unos con otros para preservar los propios intereses» (Laudato si’, 229).

Para ilustrar tal situación y llamar la atención sobre el asunto hace referencia a El gaucho Martín Fierro, un clásico de la literatura argentina que entre sus cantares dice «Los hermanos sean unidos porque esa es la ley primera. Tengan unión verdadera en cualquier tiempo que sea, porque si entre ellos pelean, los devoran los de afuera».

Insiste en privilegiar acciones que generen dinamismos nuevos en la sociedad hasta que fructifiquen en importantes y positivos acontecimientos históricos, ello lo explica (cf. Evangelii gaudium, 223), donde exige no postergar «algunas

agendas» para el futuro, porque el futuro exige decisiones críticas y globales de cara a los conflictos mundiales que aumentan el número de excluidos y necesitados.

S.S. Papa Francisco, insiste en que mientras prolifere la exclusión y la inequidad dentro de una sociedad y entre los distintos pueblos será imposible erradicar la violencia, porque se acusa de violencia a los pobres, de todos los males, y de diversas formas de agresión, sin embargo, sin igualdad de oportunidades, las diversas formas de agresión y de guerra encontrarán un caldo de cultivo que tarde o temprano provocará su explosión, y agrega:

“...Cuando la sociedad —local, nacional o mundial— abandona en la periferia una parte de sí misma, no habrá programas políticos ni recursos policiales o de inteligencia que puedan asegurar indefinidamente la tranquilidad. Esto no sucede solamente porque la inequidad provoca la reacción violenta de los excluidos del sistema, sino porque el sistema social y económico es injusto en su raíz. Así como el bien tiende a comunicarse, el mal consentido, que es la injusticia, tiende a expandir su potencia dañina y a socavar silenciosamente las bases de cualquier sistema político y social por más sólido que parezca...” (Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*, 59).

En *Mater et Magistra* felicita la función de la loable construcción jurídica internacional de la Organización de las Naciones Unidas y de todas sus realizaciones, reconociendo que por ser obra humana debe ir mejorando constantemente, para que pueda ser prenda de un futuro seguro y feliz para las generaciones futuras. Llama a los representantes de los Estados a dejar de lado intereses sectoriales e ideologías, y buscar sinceramente el servicio del bien común.

Y en el Viaje Apostólico del Santo Padre Francisco a Cuba, Estados Unidos de América y Visita a la Sede de la Organización de las Naciones Unidas (19-28 De Septiembre de 2015), Visita a la Organización de las Naciones Unidas. Discurso en Nueva York, ruega a Dios por esta Institución, todos sus Estados miembros y cada uno de sus funcionarios, para que rinda siempre un servicio eficaz a la humanidad, un servicio respetuoso de la diversidad y que sepa potenciar, para el bien común, lo mejor de cada pueblo y de cada ciudadano.

A nivel político con frecuencia las encíclicas hacen llamados a los responsables de los Estados, para que dirijan la mirada más allá de las propias fronteras, y la invitación es a renovar sus relaciones con otros pueblos, permitiendo a todos una efectiva participación e inclusión en la vida de la comunidad internacional, para que se llegue a la fraternidad también dentro de la familia de las naciones.

El año 2015 se celebró el 50 aniversario de la publicación de dos documentos del Concilio Vaticano II que expresan de modo muy elocuente el sentido de solidaridad de la Iglesia con el mundo. Para su época el papa Juan XXIII, al inicio del Concilio, quiso abrir de par en par las ventanas de la Iglesia para que fuese más abierta la comunicación entre ella y el mundo. Los dos documentos, *Nostra aetate* y *Gaudium et spes*, son expresiones emblemáticas de la nueva relación de diálogo, solidaridad y acompañamiento que la Iglesia pretende introducir en la humanidad.

En la Declaración *Nostra aetate*, la Iglesia ha sido llamada a abrirse al diálogo con las expresiones religiosas no cristianas. En la Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, expresa que la Iglesia desea instaurar un diálogo con la familia humana sobre los problemas del mundo, como signo de solidaridad y de respetuoso afecto. (cf. La Santa Sede Mensaje del Santo *Padre Francisco para la Celebración de la XLIX Jornada Mundial de La Paz* 1 de Enero de 2016.)

Pero si algo es importante en las encíclicas es el llamado constante para que se evite arrastrar a otros pueblos a conflictos o guerras que destruyen no sólo las riquezas materiales, culturales y sociales, sino también la integridad moral y espiritual; invita a abolir o gestionar de manera sostenible la deuda internacional de los Estados más pobres; para la adoptar políticas de cooperación que más que doblegarse a las dictaduras de algunas ideologías, sean respetuosas de los valores de las poblaciones locales y que, en cualquier caso, no perjudiquen el derecho fundamental e inalienable de los niños por nacer.(cf..Vaticano, 8 de

diciembre de 2015 Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María Apertura del Jubileo Extraordinario de la Misericordia.).

Las encíclicas abren perspectivas para un diálogo con todos, aspiran buscar entre todos, caminos de liberación, explican cómo las convicciones de la fe ofrecen a los cristianos, y en parte también a otros creyentes, grandes motivaciones para el cuidado de la naturaleza y de los hermanos y hermanas más frágiles.

Lo cual debe iniciarnos en su conocimiento, especialmente a las que tienen una gran inclinación hacia lo social.

La carta encíclica *Mater Et Magistra*, de su Santidad Juan XXIII expone el desarrollo de la cuestión social a la luz de la doctrina cristiana.

Una gran obra es la encíclica *Rerum Novarum*, que fue promulgada hace setenta años antes de él, por León XIII para definir los principios requeridos para resolver el problema de la situación de los trabajadores en armonía con las normas de la doctrina cristiana (*Acta Leonis XIII, XI, 1891, pp. 97-144*).

Trata la Situación económica y social como asunto esencial y se impuso en una situación en el mundo donde la concepción de lo económico era demasiado pragmática. La *Rerum Novarum*, suma de la doctrina social católica." Es un mensaje inspirado en los principios y en el espíritu del Evangelio, y fue un mensaje que, suscitó, algunas discrepancias, pero universal admiración.

Las encíclicas defienden la necesidad de apoyar leyes para proteger a la sociedad en todos los aspectos, a los niños y adultos que son víctimas del tráfico y comercialización para la extracción de órganos, para ser reclutados como soldados, para la mendicidad, y para otras actividades ilegales como la producción o venta de drogas, o para formas encubiertas de adopción internacional. Igualmente los secuestros y encierros en cautividad por grupos terroristas, y sobre todo las niñas y mujeres, como esclavas sexuales, donde

muchos desaparecen, y otros son vendidos varias veces, torturados, mutilados o asesinados.

Atacan además la esclavitud y también la corrupción de quienes están dispuestos a hacer cualquier cosa para enriquecerse. Lamenta la indiferencia ante esta situación donde se requiere de un compromiso común para derrotarla. Se refiere al asunto cuando dice que "...con frecuencia, cuando observamos el fenómeno de la trata de personas, del tráfico ilegal de los emigrantes y de otras formas conocidas y desconocidas de la esclavitud, tenemos la impresión de que todo esto tiene lugar bajo la indiferencia general...". (cf. Discurso a los participantes en el encuentro mundial de los movimientos populares, 28 octubre 2014: L'Osservatore Romano, Ed. lengua española, 31 octubre 2014, p. 3.)

Explica que la forma para superar el problema requiere coraje, paciencia y perseverancia, merece la atención de toda la Iglesia y de la sociedad. Se requieren compromisos a nivel institucional de prevención, protección de las víctimas y persecución judicial contra los responsables. Además, como las organizaciones criminales utilizan redes globales para lograr sus objetivos, la acción para derrotar a este fenómeno requiere un esfuerzo conjunto y también global por parte de los diferentes agentes que conforman la sociedad.

Para todo requieren leyes justas, centradas en la persona, que defiendan sus derechos fundamentales y los restablezcan cuando son pisoteados, rehabilitando a la víctima y garantizando su integridad, así como mecanismos de seguridad eficaces para controlar la aplicación correcta de estas normas, que no dejen espacio a la corrupción y la impunidad, y además propone que se reconozca también el papel de la mujer en la sociedad, trabajando también en el plano cultural y de la comunicación para obtener los resultados deseados.

A las empresas, les recuerda el deber de garantizar a sus empleados condiciones de trabajo dignas y salarios adecuados, pero también han de vigilar para que no se produzcan en las cadenas de distribución formas de servidumbre o trata de personas. A la responsabilidad social de la empresa hay que unir la

responsabilidad social del consumidor. Pues cada persona debe ser consciente de que «comprar es siempre un acto moral, además de económico».(cf. Benedicto XVI, Carta Encíclica Caritas in veritate, 66).

La Santa Sede, ha multiplicado los llamamientos a la comunidad internacional para que los diversos actores unan sus esfuerzos y cooperen para poner fin a esta plaga que es el abuso en el trabajo y la trata de personas, (cf. Mensaje al Sr. Guy Ryder, Director general de la Organización internacional del trabajo, con motivo de la Sesión 103 de la Conferencia de la OIT, 22 mayo 2014: L'Osservatore Romano, Ed. leng. española 6 junio 2014, p. 3.)

Para mejorar la situación la iglesia católica organiza encuentros con el fin de dar visibilidad al fenómeno de la trata de personas y facilitar la colaboración entre los diferentes agentes, incluidos expertos del mundo académico y de las organizaciones internacionales, organismos policiales de los diferentes países de origen, tránsito y destino de los migrantes, así como representantes de grupos eclesiales que trabajan por las víctimas.

Allí se propone como requisito esencial superar la globalización de la indiferencia, que afecta a la vida de tantos hermanos y hermanas, y nos pide que seamos artífices de una globalización de la solidaridad y de la fraternidad, que les dé esperanza y los haga reanudar con ánimo el camino, a través de los problemas de nuestro tiempo y las nuevas perspectivas que trae consigo, y que Dios pone en nuestras manos.(cf.Vaticano, 8 de diciembre de 2014. SS. Papa Francisco.).

Por eso se elaboró este proceso de inhumación de varias encíclicas cuyos puntos básicos son expuesto en forma en forma explicativa mediante la metodología del método hermenéutico comparativo según Gadamer y Velloso y Pedro, y con ello se aspira que desde su lectura se oriente al lector sobre una forma de concebir la fe.

Todas estas propuestas nos demuestran que para superar ese estado de cosas la solución es globalizar la fraternidad, no la esclavitud ni la indiferencia, esforzarse en acciones de carácter caritativo partiendo de la verdad sobre el

hombre, atender los principios de la fe y sobre todo llevar a cabo investigaciones como esta que quedan justificadas por las razones expuestas, de manera que los sujetos podamos realmente encontrar un verdadero horizonte.

4. DELIMITACIÓN DE LA INVESTIGACIÓN

Es una investigación documental, cuya línea de investigación se inscribe en la Doctrina Social Cristiana y su visión política-social para el mundo. Se hace una descripción de las encíclicas con alto contenido social y político. La explicación se desprende de las propuestas contenidas en ellas mismas como documentos que constituyen el magisterio de la iglesia católica. Las Encíclicas Mater et Magistra de Su Santidad Juan XXIII y Laudato si', mi' Signore, de S.S. Francisco son el centro de la investigación, sin embargo se hace constante referencia a otras encíclicas y documentos papales como discursos y programas radiados, para lograr mediante el método empleado la intertextualidad, empleando algunos niveles del método comparativo de la hermenéutica de George Gadamer y Velloso y Pedro.

Su ejecución se desarrolló entre enero del año 2013 y junio de 2016.

5. METODOLOGÍA APLICADA

Método comparativo. Las referencias de carácter metodológico son breves porque los mismos documentos proponen su metodología de lectura que parte de documentos originarios. Sin embargo, se toman las propuestas de dos hermeneutas que explican el método comparativo como son George Gadamer, y Velloso y Pedro. Se hizo a partir de la exhumación de Documentos originarios. No se llevó a efecto estrictamente pero en el caso de la exposición y la explicación se intentó hacerlo lo más comprensible posible. Las encíclicas no presentan

contradicciones entre sí, y su explicación emana de ellas mismas, por lo tanto se hizo un recorrido histórico que permitirá su mejor comprensión de manera que el lector pueda hacer aplicación de su saber mediante la reflexión que le habrá de orientar hacia un nuevo horizonte.

Por eso se empleó el método comparativo, haciendo énfasis en la unidad del contenido expuesto en las encíclicas. Considerando la definición de El Diccionario de la Real Academia Española (1994), que define la comparación como la acción y el efecto de comparar, dice que, comparar es fijar la atención en dos o más objetos para descubrir sus relaciones o estimar sus diferencias o semejanzas.

De esa línea parte Gadamer (1994), para quien el hecho de que el hombre no esté solo en el mundo, es la razón principal por la que obligatoriamente tiene que establecer constantes comparaciones: entre su presente y su pasado, entre aspectos de su presente, entre cosas que le afectan, y todo ello para comprenderse a cabalidad que es la máxima pretensión de un ser racional. En todos los ámbitos que se refieren al conocimiento humano hay apetencia por la clasificación, cada quien pretende dentro del conocimiento situar su saber, así como establecer relaciones con los demás saberes y conocer la conexión que guardan entre sí y sus diferencias, para lo cual tiene que hacer constantes comparaciones.

El sujeto a través del proceso ordenado y riguroso que es la comparación "puede llegar a un conocimiento nuevo desde el cual puede predecir, planear o, sencillamente, aumentar su saber sobre lo que le rodea"(Velloso y Pedro, 1996, p.122), también puede hacerse la comparación a través de una operación mental simple. Pero es necesario establecer diferencias entre el método de comparación simple y el método comparativo más complejo. En esta ocasión estamos ante una revisión no compleja.

Expresa Velloso y Pedro, (Ob.cit.,) que la investigación que tiene por objeto construir y reconstruir textos que puedan servir para buscar los significados contenidos, ausentes de la inmediatez y que requieren introducir nuevas ideas, y sustentarse en el pasado, comparando constantemente deben optar necesariamente hacer referencia al método comparativo. Allí expone los procedimientos de la metodología comparada aplicado a la educación en general, de donde se han tomado aspectos que se consideran esenciales para proponer, tanto en el proceso pedagógico del aula, como en la investigación y crítica.

Tomando en consideración que la confrontación con el texto puede producir en el lector una determinación, el método comparativo es muy importante ya que el intérprete puede entrar en razón y reconocer que sus determinaciones son distorsionadas, por lo cual podrá desechar sus primeras posiciones y tomar rumbos nuevos. Esta es precisamente la razón por la que se emplea esta alternativa metodológica en la investigación Postulados de las Encíclicas Mater Et Magistra y Laudato Sì, Mi Signore que conducen a la Obtención del Horizonte Humano.

El método comparativo ofrece la alternativa de un aprendizaje significativo ya que permite conocer más de una alternativa y enfrentar diferentes contextos, personajes, acciones, eventos, discursos, géneros, y en ello va su enriquecimiento. A través del método comparativo es posible tomar distancia para ver la realidad porque el intérprete puede tomar una determinación como resultado de la lectura de un texto, pero a pesar de la libertad de interpretación, puede que esa determinación sea irracional, en el caso que se haya decidido desde una visión única o porque el lector puede carecer de control sobre su punto de vista móvil, es decir en caso de que el lector carezca de un horizonte adecuado. El método comparativo es positivo, permite la confrontación, y el lector tiene la posibilidad de dirigir sus puntos de vistas en diferentes perspectivas de una forma ordenada; es decir, que su visión puede ir en diferentes horizontes. Para que un modo de proceder sea calificado de comparativo, requiere ciertos pasos como

son: la descripción, la interpretación o explicación, la yuxtaposición y la comparación.

El método comparativo permite la confrontación en un proceso que hará resaltar la verdad:

El comparatista "debe situarse en la realidad que va a comparar, y después de observar, extraer lo que le interesa y ordenarlo según un criterio; el que compara debe hacer un retrato de esa realidad" (Velloso y Pedro, Ob. Cit. p.122).

La descripción constituye la verificación de cada uno de los aspectos de las realidades investigadas, sin embargo, en este sentido, no hay tanta profundidad en lo descrito. El analista deberá ser objetivo ante esa realidad y deberá dejar constancia de lo que observa, tratando de tomar una visión independiente de lo observado.

El segundo paso: la interpretación o explicación, donde se profundiza sobre lo comparado, tomando en cuenta la realidad observada, todo lo circundante; se abordará la máxima cantidad de aspectos. En este caso se requiere más profundidad, porque a la descripción se le agrega una explicación, porque la sola descripción puede no corresponderse con la realidad observada y hay que hacer énfasis en el contexto.

En el tercer paso, la yuxtaposición, se confrontan unos con otros los datos que han sido tomados como relevantes a la investigación y una vez descritos y analizados, a los elementos hay que situarlos paralelamente. Se toman en cuenta los elementos de comparación sin añadiduras, ya que solamente se considerará la información sobre el aspecto que se desea trabajar.

En el cuarto paso, la comparación, se examinan las semejanzas y las diferencias y se emiten las conclusiones del estudio. Los resultados obtenidos son el nuevo conocimiento. Se pueden establecer las razones y hacer críticas al respecto. La comparación hecha con los resultados obtenidos se efectúa de

acuerdo con los criterios del comparatista. Este criterio lo puede poner de manifiesto el autor:

"aunque no es raro que no lo haga, pero inevitablemente, quiera o no, o anuncie una pretendida objetividad, se deja ver siempre en las líneas de su trabajo" (Velloso y Pedro, Ob.Cit.p.143).

Algunos críticos califican al método comparativo de demasiado relativista, sin embargo, la capacidad para juzgar críticamente solamente puede darse en la comparación, al aplicarse el método comparativo puede decir que está realmente en el camino científico. A través del método comparativo se ve enfrentado en múltiples maneras de ver, que harán posible que se tome una clara y objetiva determinación ante el texto.

Gadamer (1996), explica que lo más importante es abordar el análisis de los textos sustentándose en la descripción de los mismos textos, en su estructura y organización, no es conveniente perderse en divagaciones sobre ello, sobre teorías antes expuestas, la evaluación que se haga del texto debe estar sustentada en una relación establecida con él y con libertad para salir del mismo.